

## ECONOMIA DOMÉSTICA

# LAS TRES MERCEDES.

(Cuento alemán.)

UNA ocasión un rico tomó á un muchacho que se portó muy honrada y servicialmente con él, levantándose siempre muy temprano, acostándose muy tarde y sin resistirse nunca á desempeñar aun lo que á otros tocaba. Siempre estaba alegre y contento; jamás se le oyó quejarse de nada.

Al año de estar sirviendo, su amo se dijo para sí:

—Como yo le pague lo que ha ganado, puede suceder que se vaya de mi lado: será pues mas prudente no hacerlo así, y tenerle todavía en mi casa.

De suerte que el muchacho permaneció un año mas con el rico, y aunque no veía él que le dieran salario, no chistó una palabra ni mostró el menor disgusto. Mas llegado el fin del tercer año, el rico metió la mano en su bolsillo, pero nada sacó de él.

—Señor, díjole entonces el muchacho, os he servido honradamente tres años. Servíos darne lo que haya ganado, pues deseo separarme de vuestro lado y correr el mundo.

—Buen muchacho, replicó el avaro, es verdad que me has servido lealmente y por eso voy á pagarte con generosidad.

Diciendo así metió de nuevo la mano en su bolsillo y sacó tres onzas de oro.

—Una onza, agregó, por cada año; es bastante liberalidad y pocos serán capaces de dar semejante salario.

El mozo que poco sabia de dinero, quedó muy satisfecho. Recibió la ruin paga, é hizo ánimo, ya que tenia provisto su bolsillo, de irse á correr cortes y divertirse.

Echóse pues á andar de aquí para allí, cantando y divirtiéndose por todas partes.

Pero un dia, encontrándose en el campo, vió salir de pronto de entre unos arbustos á un hombrecillo enteco.

—¿Adónde bueno, camarada? díjole el desconocido; ¿adónde caminas tan alegre?

—¡Alegre, sí! contestó el muchacho. ¿Por qué no he de estar contento, teniendo, como tengo, mi salario de tres años en el bolsillo?

—¿Y qué tanto es? preguntó el enano.

—Tanto como tres onzas.

—Oyeme, dijo el desconocido, yo soy un pobrecillo muy necesitado, imposibilitado para trabajar. Dame tu dinero, tú que eres mozo y puedes ganarte el sustento.

Era de muy buen corazon el muchacho. Movióle á compasion el hombrecillo, y fuéle dando lo que con afan tanto habia ganado.

—Tomadle, dijo al enano; yo trabajaré para tener mas.

—Bella alma tienes. En pago de lo que me das, quiero concederte tres cosas que me pidas; una por cada onza. Con que veme diciendo lo que quieres.

—¡Já, já! exclamó riendo á carcajadas

el muchacho. Según eso tú eres de los que saben de magia! Bueno, voy á pedirte. Quiero primeramente una escopeta, que dé donde yo quiera apuntar; luego un pito, que haga bailar á cuantos me oigan tocarle, y después, que nadie me pueda negar lo que yo le pida.

—¡Concedido! exclamó el hombrecillo, sacando de entre el matorral, como si de intento los hubiera tenido allí listos, un precioso pífano, y una escopeta, agregando al dárselos:

—Nadie te negará lo que le pidas.

—¿Qué mas puedo apeteecer? fué hablando consigo el muchacho, cuando se puso á seguir su camino.

A poco andar se encontró con un hombre de muy mala cara, que estaba escuchando los trinos de un pajarillo, el cual estaba parado en la mismísima copa de un árbol corpulento.

—¡Cosa rara! dijo el tal hombre. ¡Un animal tan chiquito con una voz tan fuerte! ¿Qué no diera yo por ponerle la mano encima!

El muchacho apuntó con su mágica escopeta y el pajarillo vino al suelo en el acto, cayendo en un matorral de abrojos.

—Ahí le tienes, perillan, dijo el mozo al hombre de mala cara; cójele si puedes agarrarle.

—Dejad apodos á un lado, que en cuanto al ave, yo la cataré.

Y así hablando el hombre se fué metiendo entre las breñas. Ya que estaba en medio de ellas, ocurrióle al mozo tocar su pífano, al son del cual púsose luego el otro á bailar; pero de tal suerte y manera que los abrojos desgarraban sus sucios vestidos, desgñaban sus polvosos cabellos y herian por todas partes su cuerpo.

—¡Basta, basta! clamaba á grito herido; basta, que no quiero bailar!

Pero clamaba en vano.

—Apuesto á que á mas de cuatro has desollado, contestaba el muchacho; razon es que ahora las pagues todas.

Y mas y mas tocaba el pífano, y mas y mas bailaba el cara de diablo.

—¡Piedad! dijo sollozando. Os daré cuanto tenga, con tal que ya no toqueis. Tomad ese bolsa con oro.

—Puesto que gustais pagarme, dijo el mozo, ya no tocaré. Pero por mi ánima que habeis bailado bien. ¡Es cosa de ver!

A esto, recogió la bolsa y se marchó.

El malcarado sugeto, así que le vió léjos, comenzó á proferir mil injurias contra él.

Fuése luego á presentar al juez de la ciudad mas cercana.

—Señor juez, díjole; vengo á pedir os justicia. Miradme y ved cómo he sido maltratado y robado en el camino real.

Estoy de quebrar corazones, con mi ropa destrizada, mi cuerpo desgarrado y privado de mi dinero, de mis ducados nuevecientos flamantes que llevaba yo en un taleguito. Os suplico que seais justiciero y mandeis prender al malhechor y le encerreis en la cárcel.

—¿Es por ventura algun soldado, que así os ha herido con su sable?

—No por cierto; no tenia ningun sable quien así me ha puesto, sino una escopeta colgada á las espaldas y un pífano pendiente del pescuezo. Fácilmente se puede dar con el malvado.

Mandó el juez gente en busca del muchacho. Pronto toparon con él pues habia ido muy despacio por su camino. Registraronle y le hallaron el talego con oro.

Presentado ante el juez, dijo:

—Yo no he herido á ese hombre ni le he robado su dinero; pues él de su propia voluntad me le dió, porque no siguiera yo tocándole la música, que no le gustaba.

—¡Es un solemne embustero! gritó el acusador.

—Vuestra defensa es mala, dijo el juez. Y sentenció al muchacho á la horca, como ladrón de camino real.

Como le llevaban al suplicio, su enemigo le seguía gritándole:

—¡Anda, pícaro, vagabundo, mequetrefe! ¡Ya vas á llevar tu merecida!

El mozo subió con serenidad la escalera con el verdugo; mas ya que se vió en el último escalón, volvióse al juez y le pidió que le otorgase una gracia antes que le dieran la muerte.

—Sea norabuena, contestó el juez, como no queráis que os perdone la vida.

—No es la vida lo que pido, sino solo que me dejéis tocar por la última, mi querido pífano.

—¡No, no se lo concedáis! clamaba el hombre que le había acusado.

—¡Por qué no he de otorgarle un gusto tan pequeño? Ya está concedido. Podéis tocar.

—¡Tenedme, señores; amarradme, por Dios! gritaba el hombre.

Soltóse el pífano; y allí fué Troya.

Al primer sonido, todos los circunstantes comenzaron á tambalearse, cayéndose de las manos del verdugo la cuerda.

Al segundo sonido, todos levantaron una pierna y soltando el verdugo al reo, púsose en actitud de bailar.

Al tercero, todos rompieron bailando, yendo por delante el juez y el acusador, quienes eran los que con mas ganas brincaban.

Aquello era un bailar unánime, universal. ¡Hasta los perros, parados sobre sus patas, brincaban!

—¡No toqueis mas! gritó al fin el juez, cansado, molido y jadeando. ¡No toqueis mas y os perdono la vida!

Cesó el pífano, bajó de la escalera y llegó al malvado:

—Confesad, díjole, de donde hubisteis el dinero ó vuelvo á tocar.

—¡Le robé, le robé! contestó con dolorido acento.

Oyendo esto el juez, le condenó á la horca por ladrón y calumniador y el muchacho, viéndose libre, se fué á correr el mundo.

(Traducido para la Semana.)

MOSAICOS.

Existe un retrato del papa Paulo V cuyo rostro consta, él solo, de más de un millón de piezas, del tamaño de un grano de mijo. La voz MOSAICO se deriva de la obra que el legislador Moisés hizo, por mandato divino, para Aaron, y la cual estaba formada con varias y diversas piedras preciosas.

WELLINGTON

Y SUS COMPATRIOTAS.

Por ahorrarse el trabajo de elegir, los ingleses no tienen más arbitrio que repetir-se á sí propios, y por eso sin duda les vemos representar á WELLINGTON en todo género de catadura. Han convertido á este en el ídolo de todos los días, el santo de todas las fiestas: multiplican sus retratos con la más inagotable profusión, representando al hombre eminente en todas las formas, en todas las posturas y con todos los trajes imaginables; á pié, á caballo, á la antigua, á la moderna; como César, como el gran Federico, como Napoleón, como Francini; unas veces desnudo, otras vestido; con uniforme, con capa, con sombrero redondo, y aun no faltará donde esté representado con un quitasol en la mano. Y bajo todos estos disfraces, siempre es el mismo hombre con su heróica cara de payaso.

JUGAR CON DOS BARAJAS.

(Crónica contemporánea.)

Por Eufenio Homero.

I.

QUIEN ES ELLA.

EN los días de la invasión extranjera, cuando todavía el ardimiento desplegado por nuestros generales en las reyertas intestinas daba margen á esperar algo provechoso del ejército, si no por la conciencia del deber, á lo menos por el instinto de propia conveniencia, vivía en Méjico una familia, ni rica ni pobre, pero respetable, oriunda de Jalapa.

Componíala un anciano, de antecedentes tal cual equívocos en la carrera de Marte; su mujer, legítima consorte, á cuya conducta indefinible se atribuía la prematura é irregular emancipación de una de las hijas, y otra hija, la menor, que por acaso conservaba las atractivos de las vírgenes.

Esta, que se llamaba Concepcion, había traído entre manos, desde los doce ó trece años de su edad, varias intriguillas de esas que se titulan compromisos amorosos, las cuales no habían tenido, por fortuna para ella, mas consecuencias que viciarle un tanto el corazón y dar á lo que se llama sentidos una preponderancia que notoriamente pasaba los límites de lo razonable.

Pero en la época del presente relato, pocos meses hacia, los insulsos amores habían cedido el puesto á relaciones muy cordiales, muy serias con un joven forastero, de familia rica y decente, á quien el

deseo de saber, que no se satisface por cierto en Méjico, había traído á la hermosa capital de la segunda confederación democrática del mundo, como si dijéramos una túnica hecha con diez y siete ó diez y ocho retazos de telas de diferentes dibujos, calidades y tamaños, hilvanados unos con otros.

Criado bajo el influjo de un cielo puro, á la vista y con el ejemplo de unos padres honrados y sencillos, Eduardo había cedido desde luego, sin luchar ni resistirse, sin segunda intención ó mal pensamiento, á los primeros embates disimulados, pero fuertes, de una muchacha, Concepcion, que al atractivo de una cara bonita, de un talle airoso reunía una rara gracia en la gesticulación.

Concepcion tenia diez y seis años: había conocido á Eduardo tres ó cuatro meses antes, en una repartición de premios en que él se había ganado con justicia por casualidad, el mayor de todos, y como esto excitara las ambiciones de la parte mas considerable de las niñas presentes al acto, ella juzgó conveniente á su vanidad entrar en la competencia. Ya hemos dado á entender que salió victoriosa.

Esta era la situación de las cosas al tiempo de la presente introducción.

II.

POLÍTICA.

A principios de 1847, año fecundo en sucesos memorables para las repúblicas

cuñadas, pero mas particularmente para una de ellas, un gobernante lunático sublevó todos los intereses, todas las preocupaciones sociales contra el poder público.

Entonces fué cuando la prensa ministerial, el órgano declarado de la magistratura suprema, predicó á la faz de nacionales y extranjeros lo que hoy se titula *expropiacion*.

Por aquellos tiempos fué cuando el partido reinante pudiendo aprovechar la exaltacion de los ánimos y dirigirla en un sentido patriótico, tan solo supo, si no es que así lo quiso, apurarla en mezquinas disputas. Debates sobre la conveniencia del matrimonio civil, sobre la extincion del orden sacerdotal....

¿Los hombres perdieron acaso el juicio?.....

El lunes 1º de marzo, día de San Albino obispo, hubo grande holgorio público en Méjico. Sublevados y no sublevados, puros y no puros, todo el mundo concurría, poniendo por un rato aparte los enconos de partido, á celebrar con salvas, cohetes, repiques á vuelo y aclamaciones un acontecimiento de los mas faustos: la victoria de la Angostura. ¡Ay! era la última decepcion de honor y gloria que debia paladear el patriotismo!

Ese día como á las doce, cruzando por entre las festejosas balas con que los entusiasmados contendientes celebraban el triunfo de las armas nacionales, un jóven salvaba sin mucha precaucion los parapetos de polcos y fariistas y enderezaba sus pasos hácia la calle de la Moneda, punto central de los menoscabados dominios del gobierno.

Llegando á la esquina de la diputacion, antojósele al jefe del destacamento, coronel de veinte y cinco años, que el jóven era del bando polco. En consecuencia, mandó arrestarle, toleró que le maltrataran

sus desharapados mites, y aun estuvo muy tentado, como Rangel con Pedraza, de fusilar á su prisionero; pero influencias poderosas de aquellas á que nadie resiste salvaron por fin al jóven como á Pedraza, después de nueve horas de rigurosa comunicacion.

III.

LAS DOS TORTAS.

Empeñábase Concepcion en una lucha comprometida y azarosa, uno de esos juegos de agilidad y destreza en que va todo un porvenir de por medio, y de cuyo resultado viene de ordinario, entre otras cosas, la rechifla de las gentes malignas sobre cualquiera de los jugadores que pierde.

Como á las diez de la noche del propio día en que nuestro Eduardo, por ir á visitar á su amada, fué tan villanamente detenido por las tropas del gobierno, un individuo del sexo masculino pasaba por la calle de la Moneda, y al divisar una mujer en el balcon de un entresuelo, sito frente á frente de la casa de amonedacion, atravesó paso á paso la calle y fuése á plantar en línea perpendicular con la desconocida.

El primer movimiento, menos instintivo que calculado, de una mujer en coyunturas de semejante naturaleza, es huir el cuerpo.

El bulto apostado en el balcon desapareció, pues, como una sombra.

Mas el temerario agresor, que al parecer tenia sus puntas de ladino, se trasportó á la opuesta acera, encaramóse sobre el pedestal de una de las dobles columnas laterales de la puerta de la Moneda, y como desde allí columbrara, recatada junto á un ángulo interior del balcon, la forma femenil que habia fingido rehusar el combate, volvió a resurada, pero cautelosamente, á su primitivo puesto, en donde fijó su mansion, después de haber dado á

entender, por medio de unos cuantos pasos, que habia sido leal y sincera su retirada.

El centinela del baluarte setentrional del palacio federal, corrió la palabra con su destemplado, soñoliento y pulcoso "¡mueran los pol-cos!"

La forma mujeril apareció de nuevo, hizo ademan de buscar el objeto que habia motivado su instantánea fuga, y al ir tal vez á darse cuenta, quien sabe si con mas desagrado que satisfaccion, del éxito de su pesquisa, oyó subir de la calle una voz que salia del pié del balcon, el cual, distando muy pocas varas del suelo, favorecia maravillosamente la trasmision distinta, clarísima de las palabras.

Ella hubiera querido acaso retirarse de nuevo, pero el recelo de que se le atribuyese á temor infantil, el escozor de la curiosidad, la vergüencilla de confesarse vencida, la indujeron á tomar la resolucion varonil, aunque imprudente, de permanecer en el sitio, sugiriéndole de paso un concepto ventajoso de la destreza del agresor.

—Perdone usted, señorita, dijo este con un acento meloso con sus resabiós de extranjero; ¿está en casa el señor su papá de usted?

—¿Mandé usted? preguntó con voz notoriamente femenina y grata al oido la locataria del balcon, la cual no pudo humanamente negar su atencion á quien la invocaba poniendo de por medio un nombre tan respetable.

—Preguntaba, contestó el desconocido, articulando muy despacio los vocablos, si se halla en casa el señor su papá de vd., señorita, porque... porque lo busco para asuntos del servicio, de orden del señor comandante general, el señor general don Valentin Canalizo.

—No, señor, papá anda fuera; fué á palacio, me parece.... pase usted.... le avisaré á mamá.... y....

La interlocutora hizo el ademan de irse.

—Oiga usted, señorita, dijo precipitadamente el desconocido.

La señorita, entorpecida por esta interpelacion su media vuelta comenzada, la completó en opuesto sentido, viniendo así á quedar en la postura y en el sitio de que habia estado á punto de cambiar.

—¡Oh! señorita, prosiguió aquel en cuyo obsequio se habia hecho la evolucion que se acaba de describir; no... es importante... no se moleste usted... solamente que si me hace usted el favor de tomarse la molestia... perdonándome la libertad de que le diga que la adoro á usted como á la mas preciosa de las criaturas, que no puedo tolerar por mas tiempo el suplicio de callarle á usted la pasion que me devora, y que seria el mas feliz de los mortales si usted se dignara corresponderme.

La persona que así hablaba, conocia seguramente, á mas de algunas otras cosas, el valor del tiempo y el poder de la sorpresa, pues profirió su retahila de amorosos conceptos con tal precipitacion y presteza, que la dama del balcon no supo ni qué hacer si no escucharle, ni qué responder al pronto.

Ella hubiera querido por lo menos hacerse creer ofendida, ya que no estaba en su arbitrio sentirse agraviada con la insólita declaracion que le habian espetado; pero se agolparon á su mente ideas tan multiplicadas, complexas y variadas, que no tuvo cabeza para pensar ni en volver las espaldas al peligro ni en manifestarse lastimada de la ultrajante demasia del hombre que de liso en llano se prevalia de la buena crianza para requerir de amores á una niña decente y honrada. Una cosa sí resaltaba en el fondo de la oscurecida mente de la doncella, á saber: que el novelesco lance habia estimulado sobre manera su curiosidad, y que de consiguiente no le disgustaba mucho ni figurar en él

ni seguirle hasta donde la casualidad le llevara.

Sucede con frecuencia en casos como el presente, que la mujer calla, y el hombre, pendiente de una respuesta cualquiera, decisiva ó no, aguarda con una congoja indefinible las primeras palabras de su pretendida, palabras que se imagina mas y mas crueles á medida que se prolonga el fatídico silencio de la bella.

El cortejo de que hablamos, callaba pues como la jóven, y no provenia su repentina mudéz de que se recelase mal resultado de su atrevimiento, sino sí de que habiendo ya dicho todo lo que tenia preparado para el caso urgente en que se hallaba, encontrábase sin acopio de palabras adecuadas á la situacion, á una situacion que no tenia prevista.

Sin embargo, estábase él ocupando en reparar su imprevision.

De súbito el balcon quedó despejado.

Y al ruido de una gruñidora puerta vidriera que se cerraba con estrépito, vino á mezclarse el de los pasos de un hombre que cruzaba la calle, silencioso y arrebozado en su capa, á corto trecho de la casa propietaria del consabido balcon.

El galan barbotó media docena de pacíficas maldiciones, y silbando una caucion que ni está escrita ni ha sido jamás conocida de nadie fuera de él, tomó el rumbo derecho, mientras tirando el otro sugeto por el lado opuesto, se metió en la calle del Indio Triste.

—¿Quién vive? gritó un centinela del palacio.

—¡Militar! contestó el interpelado.

(Continuará.)

## ASCENSION AL VOLCAN DE ORIZAVA.

(Traduccion del inglés por la señorita orizaveña doña Adela Vallejo.)

Viendo últimamente algunos de los números pasados de su apreciable periódico, encontré una relacion de la expedicion de una compañía de oficiales del ejército americano al Pico de Orizava, que como las mas de las relaciones de Méjico, publicadas durante la ocupacion de aquel país por nuestro ejército, contiene muchos errores. He creído, por tanto, que no seria desagradable á nuestros lectores una relacion del viaje por una feliz compañía.

El Pico de Orizava, aunque situado casi á cien millas de la costa es el primer punto que se descubre desde el golfo mejicano al aproximarse á Veracruz. Se divisa á 50 millas; en la mar es para el

marinero la señal de tierra mas importante en aquellas regiones.

Cuando al mando del coronel (ahora general) Lankhead, que fué el primero que marchó de Veracruz á Orizava, nos pusimos en camino (febrero, 1848), tuvimos la montaña constantemente á la vista y hablamos frecuentemente de hacer un viaje á su cima. Llegamos á aquel lugar, los maravillosos cuentos que nos referian los habitantes, aumentaron el deseo de acometer la empresa. Todos convenian en que nadie habia subido á la cima, aunque varios sabian ó habian oido que algunos lo habian emprendido. Las dificultades para ello se representaban como insuperables; habia que trepar por precipicios escabrosos, atravesarse fo-

unos de dos mil piés de profundidad, subir sobre planos inclinados de hielo poco sólidos, sin tomar en cuenta los avalanches, bajo los cuales se nos aseguró quedarían sepultados todos los atrevidos que intentasen subir. Estas extraordinarias relaciones produjeron un efecto enteramente distinto de las primeras, y ya no se trató de quiénes irian sino de quiénes se quedarían.

No fué sino hasta fines de abril cuando el tiempo se creyó favorable, y contando para la expedicion propuesta con la licencia del oficial en jefe, hicimos nuestros preparativos, con la mira de vencer todos los obstáculos.—Segun esto preparamos largas varas de madera con regatones de hierro en un cabo y ganchos en la otra para ayudarnos á escalar los precipicios; dagas con arpones de hierro para echarlas sobre las rocas ó hielos; hicimos escalas de cuerda por si fueren necesarias; zapatos y suecos con clavos salientes y agudos para afianzarse en los declives helados; en fin, llevamos todo lo que se creyó necesario ó cómodo para el buen éxito de la empresa.

La eleccion de camino presentaba alguna dificultad; unos nos recomendaron particularmente el de San Andrés y otros el de San Juan Coscomatepec. Para decidirnos entre ellos, procuramos persuadir á algunos vecinos de los mas inteligentes del país á que nos acompañasen. Al principio consintieron, pero conforme se iba acercando el tiempo, se retractaron uno tras otro, hasta que finalmente cuando la compañía se reunió para marchar, nos encontramos con que teniamos que ir solos. Entonces, como algunos de los nuestros se inclinaban á una ruta y otros á otra, resolvimos rechazar todas sus recomendaciones é ir directamente á la montaña, siguiendo el camino que toman los

indios contratados para traer nieve á la ciudad, hasta los límites de la vegetacion, y desde ahí rodear el Pico hasta el lado que presentase mejor aspecto para el fin que nos proponiamos.

Dejamos la ciudad de Orizava el 7 de mayo de 1848, la compañía se componia de diez oficiales, incluso uno de navío, treinta y cuatro soldados y dos marineros que servian en la batería naval, tres ó cuatro mejicanos indios como guías, y las suficientes mulas de carga para llevar nuestras provisiones y equipajes. Nuestra expedicion se hacia durante el armisticio, y pareció conveniente obtener un pasaporte del prefecto de Orizava para precavernos de cualquiera contingencia.

Cerca de 6 millas de Orizava pasamos por el pequeño pueblo de indios de la Perla; los habitantes se atemorizaron al vernos llegar; pero nuestro pasaporte los tranquilizó luego, y cuando supieron el objeto de nuestra visita nos miraban como la manada de mayores asnos que habian visto, y diciéndonos claramente que no llegaríamos á la cima. Nada nos desanimó, sin embargo, continuamos adelante, y poco después de salir de su pueblo sobre una rápida subida principiamos á gozar de unas vistas, que por sí solas nos hubieran recompensado ampliamente nuestro trabajo. En la noche nos acampamos á una elevacion de 7,000 piés sobre el nivel del mar; la noche estaba clara y el aire penetrante, pero no tan frio que fuese desagradable.

La mañana siguiente era clara y hermosa. Nosotros después de almorzar muy temprano echamos á andar. La escena era verdaderamente sublime y subiendo montañas tras de montañas, aparecian á nuestra vista valles tras de valles; las colinas que al principio nos parecían montañas, parecían hundirse gradualmente á

nuestros piés y extendiéndose cada vez mas los objetos que abrazaba la vista, no podiamos menos de hacer frecuentes paradas para admirar escenas á quienes nada excede, y á que cada vuelta que dábamos se ofrecian á nuestra vista con doble tamaño y magnificencia.

Llegamos á la region de los pinos y de las plantas del norte; el familiar roble antiguo, el abedul y otros árboles desconocidos en las tierras bajas, nos cercaban por todas partes, no encontrábamos ya espesos matorrales, y casi nos imaginábamos en nuestra querida patria.

Las tierras cultivadas no suben tanto cuanto esperábamos; pasamos el límite mas alto de ella á cosa de 8,000 piés de elevacion. Serian las doce del dia, cuando tocamos en una altura de 1,000 piés, cuando los guías dijeron que las mulas no podian continuar, y no conociendo nosotros el camino que seguia, nos vimos precisados á hacer alto para pasar la noche. Un compañero oficial y yo, que íbamos á caballo, sintiéndonos sin cansancio en comparacion de los demás, determinamos continuar adelante y explorar el terreno, y al fin convenimos en que no debiamos permanecer donde estábamos, sino que las mulas con cargas ligeras subiesen mas arriba.

En efecto, á la mañana siguiente emprendimos la marcha otra vez, yendo cuatro ó cinco de nosotros de vanguardia para escoger un buen campamento y tambien para explorar mejor el camino hasta la cumbre. Elegimos para nuestro campamento un punto donde acaba la vegetacion, y seguimos subiendo por diferentes lugares sobre la linea de eternas nieves.

Algunos de los compañeros encontraron junto á una roca, arriba de aquella linea, una cruz rústica, adornada de papel y puestas ante ella unas velas de sebo. Imposible nos fué saber quién la ha-

bia puesto, lo que dió origen á no pocas suposiciones. Quién la llevó allí, cuándo y con qué motivo, eran las preguntas que haciamos, sin tener respuestas de ellas. Durante nuestro viaje vimos pasar algunas cuadrillas de indios, de los que con bastante regularidad llevan á cuestras la nieve para el consumo de los vecinos de Orizava. La cruz sin duda fué erigida por alguno de ellos.

A nuestro regreso encontramos que habian subido nuestros bagajes al nuevo campamento, sin embargo de haberse creido antes que era imposible, y al comparar las noticias que teniamos, elegimos la ruta que parecia mas practicable, y nos preparamos para subir por ella en la mañana siguiente. La noche estaba clara y fria, el termómetro bajaba al punto de hielo; el hielo grueso y el agua helada nos hizo recordar sin querer á nuestra patria, y á aquella sabida cancion que empieza:

Hace tanto tiempo.

Mientras que estábamos al rededor del fuego de nuestro campo, nos encontramos que teniamos dos banderas; los marineros, ignorando la existencia de una, habian hecho en lo pronto otra. Hubo alguna emulacion sobre cuál de las dos se colocaria primero, y se decidió que al llegar á la cima, se dividiria con igualdad entrambos el honor. Llegó la noche y gozamos de la vista mas magnífica que pudiera imaginarse: las nubes se agrupaban al pié de la montaña y nos impedian enteramente la vista de los objetos distantes, mientras que el vivo resplandor de los relámpagos que se lanzaban de una nube á otra, se veia muy bajo de nuestros piés: el cielo sobre nosotros parecia brillante y hermoso. Estábamos acampados á una altura, segun el barómetro, de 12,200 piés, casi el doble del punto mas alto de

las Montañas Blancas, mientras que el Pico levantaba todavía, sobre nosotros su blanca cumbre, á una altura casi igual á la que tiene el Monte Washington sobre el nivel del mar, y parecia mirar con ceño á los pigmeos que se habian atrevido á escalar á su cima inaccesible y engañosa.

Al amanecer del dia 10 de mayo nos pusimos otra vez en movimiento. Muchos de la compañía se habian quedado atrás y no quedábamos mas de veinticuatro personas para emprender la ascension final. En pocos minutos nos encontramos al pié de la nieve y tomando la ruta en que parecia haber menos de ella, caminamos media milla ó tres cuartos, sobre una arena suelta volcánica. Midiendo el declive encontré que era de 33°. Este paso, en que tardamos algo, fué el mas difícil de nuestra ascension, sumiéndonos en la arena hasta la rodilla; parecia que atrasábamos casi tanto cuanto andábamos adelante, mientras que el estado enrarecido de la atmósfera nos obligaba á penosos esfuerzos; durante la ascension de todo este dia, era imposible avanzar cincuenta pasos sin pararse á respirar. Cuando no nos moviamos podiamos respirar fácilmente en comparacion de cuando andábamos; pero al momento que nos moviamos, echábamos de ver forzosamente la gran elevacion á que estábamos. Solo puede compararse la sensacion que allí se siente, á lo que experimenta una persona, que después de correr con la mayor velocidad de que es capaz, está próxima á caer en tierra de pura fatiga.

A pesar de esto, llegamos á la roca sólida y nos servia de alivio estar donde podiamos usar de las manos y de los piés para preparar. Pero aun estábamos léjos del lugar á que nos dirigiamos y antes de llegar á él nos vimos varias veces engañados saludando á una roca saliente co-

mo si fuera la cima: paso á paso subimos aquella inmensa mole hasta que por fin llegamos á dominarla; puestos en ella, encontramos que servia de base á otras mas alta y habiendo vencido tambien esta descubrimos otra todavía mas arriba. Así nuestros deseos quedaban sucesivamente burlados y hasta la esperanza parecia habernos abandonado, cayendo todos en la desesperacion, uno después de otro. Sin embargo, subir era nuestra divisa y algunos de nuestra compañía siguieron, hasta que al fin sus esfuerzos fueron coronados con el éxito y cayeron casi exánimes sobre el borde del cráter.

Este es casi circular, y lo calculamos con variacion los individuos que lo vimos, desde 400 á 650 yardas de diámetro. Todos convenimos en que su profundidad seria de 300 piés. Sus paredes son casi verticales y dan señales poderosas é inequívocas del fuego que hubo, apareciendo como la boca de un horno inmenso.

Al pié de esta muralla perpendicular habia un banco de arena, ó ruinas volcánicas, desprendidas de la superficie interior de la roca, lo que indica haber pasado mucho tiempo desde que el volcan se apagó. El fondo del cráter estaba cubierto de nieve. Humboldt dice que sus erupciones mas violentas fueron por los años del Señor de 1545 y 1566; yo no he visto ninguna noticia de erupcion alguna desde entonces.

(Concluirá.)

SAULO Y PAULO.

El apóstol SAN PABLO ó PAULO tomó al tiempo de su conversion este nombre en lugar del de PAULO, que antes tenia, porque quiso denotar que él era el menor ó el mas humilde de todos los apóstoles, pues PAULO viene de la voz hebrea paulus, poco ó pequeño.